

En torno al ensayo

BERNABÉ SARABIA

Si abrimos alguno de los mejores suplementos de libros como el del *ABC* o *La Vanguardia*, tropezaremos de inmediato con la lista de libros más vendidos. Dicha lista se divide siempre en dos apartados: ficción y no ficción. Por ficción se entiende sobre todo poesía, novela y teatro. La no ficción se refiere a una mezcla extremadamente variada de textos. No ficción —un término que los anglosajones han acabado por imponer— reúne una mezcla en la que se confunde con el ensayo la historia, la filosofía, la ciencia política, los reportajes de viajes o

los epistolarios en una clasificación de fronteras tan inciertas que en ocasiones resulta confusa. Dentro de este conjunto de prosa denominada no ficción, lo más abundante es lo que podríamos denominar ensayo. Antes de que la palabra fuera acuñada en el siglo XVI por Montaigne, el ensayo recibía el nombre de tratado y designaba el intento de estudiar un tema con seriedad, con consistencia pero, en general, desprovisto de encanto literario. En este sentido, este tipo de trabajo intelectual no tenía

«Antes de que la palabra fuera acuñada en el siglo XVI por Montaigne, el ensayo recibía el nombre de tratado y designaba el intento de estudiar un tema con seriedad.»



tampoco demasiado que ver con el tono didáctico de algunas obras de la Antigüedad, como por ejemplo la "Retórica" o la "Metafísica" de Aristóteles. Sin embargo, conviene no olvidar que ya en los romanos se cultivó un modo de escritura próximo al ensayo. Ciertos textos de Cicerón, de Séneca o de Plutarco, son análisis que se refieren a aspectos de enorme interés para la vida individual y social pero que no tenían ese tono tan docente, tan didáctico, tan estrictamente filosófico, que podemos encontrar en Aristóteles.

El cristianismo implicó una cierta vuelta al didactismo al que nos referíamos anteriormente. Textos como las "Confesiones" de S. Agustín o el del teólogo, por poner un ejemplo, del siglo XII, Abelardo, tenían un afán didáctico que no se centraba en lo que con la llegada del Renacimiento nos vamos a encontrar como una referencia más frecuente, más subrayada, más intensa, al propio yo del que escribe.

Fue precisamente Montaigne quien puso en primer lugar esta marca, esta manera distinta de hacer las cosas. Con Montaigne la nueva forma de escribir que denominamos ensayo se logra por primera vez —con la excepción quizá del epistolario—. De este modo, la presencia en primer plano del autor, la presencia del yo se hace evidente. Esto convirtió al ensayo en una nueva forma, en un nuevo simbolismo, en una nueva actitud hacia el propio autor. Montaigne construyó un tipo de escritura que ha sido practicado con enorme éxito después de él por hombres tolerantes, no dogmáticos, y urbanos. No en vano él llamó a sus obras "Essais", es decir, ensayos que él definió

como textos consustanciales con su autor, concernidos con su propio yo, parte integrante de la vida del autor.

Nacido en febrero de 1533, Miguel de Montaigne fue hijo de una familia acomodada. Su madre descendía por parte de padre de una familia de españoles convertidos al catolicismo. Muerto su padre en Junio de 1568, y vendido su puesto en el Parlamento, como se hacía en la época, se retira a su castillo y dedica nueve años, desde 1571 a 1580, a trabajar en el primero de los dos libros de sus "Ensayos".

Con la llegada de la Ilustración en el siglo XVIII, el ensayo con su flexibilidad, con su brevedad y con su potencialidad para la ambigüedad y para las alusiones de todo tipo, se convirtió en un vehículo muy usado de criticismo social y de análisis..

Si saltando en el tiempo llegamos a la Segunda Guerra Mundial, encontraremos que, significó un cierto declive del ensayo. De pronto, el lector de periódicos y de revistas culturales empezó a ser más atacado que seducido. El ensayo llegó a contemplarse como algo más bien propio de Enseñanza

Media, quizá por ello la voz "ensayo" en el diccionario de María Moliner denomina a éste como: "Composición literaria constituida por meditaciones del autor sobre un tema más o menos profundo, pero sin sistematización filosófica". El Diccionario de la Real Academia tampoco es más benigno y por ensayo entiende: "Escrito generalmente breve constituido por pensamientos del autor sobre un tema sin el

«De este modo, la presencia en primer plano del autor, la presencia del yo se hace evidente. Esto convirtió al ensayo en una nueva forma, en un nuevo simbolismo, en una nueva actitud hacia el propio autor.»



apartado ni la extensión que requiere un tratado completo sobre la misma materia".

Es una pena que se olvide o que no se considere lo suficiente que el ensayo requiere una información vasta y variada, que conviene exponer sin pedantería ni excesiva especialización, que debe producir la impresión de haber sido compuesto espontáneamente, dando la sensación de que ha sido escrito con entusiasmo y vivacidad. Ha de comunicar una experiencia y la personalidad del autor, a veces con un cierto aire de diletantismo que no tiene por qué ser verdadero, pero siempre con un amor por el texto que tiene que ser accesible y quedar al alcance de la mano del lector para que éste se deleite con el trabajo de una mente fina y sensible.

Analíticos, marxistas y lúdicos eran tres grandes grupos que marcaban el panorama del ensayo en el momento de la muerte de Franco. La modernización del país ha rebajado sus perfiles y diversificado sus intereses, se ha saldado el histórico déficit de europeización con un seguimiento de cuanto acontecía en el mundo; ese es su lado positivo, en el negativo vemos que ha primado la información sobre la creación.

Después de la muerte de Franco podemos señalar, en primer lugar, que los ensayistas no han sido nunca, salvo raras excepciones, estrellas del mundo cultural español, un puesto más dedicado a novelistas, poetas, cineastas y artistas plásticos.

« Es una pena que se olvide o que no se considere lo suficiente que el ensayo requiere una información vasta y variada, que conviene exponer sin pedantería ni excesiva especialización.»



Hay quien opina que en España se está llevando a cabo una reactivación del papel de los intelectuales, de los ensayistas, pero sin embargo no acaba de ser del todo patente esta recuperación. En los años 70 Jorge Herralde, desde Anagrama, impulsó, junto con otros editores, uno de los momentos más felices del ensayo, sobre todo del ensayo sobre temas políticos. Tras la muerte de Franco entramos en una época

de ebullición ideológica.

Con todo, se trata de épocas breves de brillo: tras el boom del ensayo de los 70 pasamos por el famoso desencanto, años en los que la curiosidad de la gente por la política y la reflexión social disminuye y las ventas bajan.

En ensayo se ve compensado en ocasiones por determinados premios. El Ministerio de Cultura ha venido otorgando el Premio Nacional de Literatura, que en la modalidad de ensayo se creó en 1976 como reconocimiento a aquellas obras que destacan por su creatividad, preocupación por el lenguaje y expresión literaria, originalidad y expresividad artística.

Dotado con 2.500.000 de pesetas, el Nacional de Ensayo reúne a un buen grupo de intelectuales, pensadores y profesores de universidad de todo el país. Excelente premio para un modo de escritura que debe perdurar.